

## UNA APARENTE HISTORIA DE ÉXITO

*Genevieve Galán Tamés*

Universidad Iberoamericana, Ciudad de México

Ana Laura de la Torre Saavedra, *Cruzadas olímpicas en la Ciudad de México: Cultura física, juventud, religión y nacionalismos, 1896-1939*, Ciudad de México, El Colegio de México, 2020, 490 pp.

En la década de 1950, el Comité Olímpico Internacional (COI) lanzó una invitación abierta para que los países interesados en albergar los Juegos Olímpicos de 1968 presentaran sus candidaturas. Después de recibir varias propuestas, el COI seleccionó a un grupo de ciudades finalistas que competirían por ser la sede, entre ellas, Detroit, Buenos Aires, Lyon y la Ciudad de México. Tras una ronda de presentaciones por parte de los contendientes, los miembros del COI votaron en una sesión especial y la Ciudad de México obtuvo la mayoría de los votos. La elección fue significativa por varios motivos: era la primera vez que los Juegos Olímpicos se llevarían a cabo en América Latina y México tendría la oportunidad de exhibir mundialmente su nivel de desarrollo y modernidad.

Sin embargo, esta aparente historia de éxito no se debió simplemente a que el Comité Olímpico Mexicano (COM) enviara una solicitud al COI para que la capital del país fuera considerada como una sede viable. Por el contrario, el resultado fue fruto de múltiples coyunturas que sentaron las bases, a nivel nacional y mundial, para que el olimpismo se convirtiera en uno de los internacionalismos más sólidos del mundo y que la idea de hacer actividad física se expandiera como una necesidad, un imperativo y un bien en la vida de los individuos y las naciones. El libro de la historiadora Ana Laura de la Torre Saavedra se ocupa de examinar estos fenómenos, pues

hicieron que surgiera la cultura olímpica del siglo xx en la Ciudad de México, a partir de la noción disputada de la cultura física moderna. Una de las hipótesis de la autora es que la consolidación del olimpismo en México es el resultado de un proceso largo que se remonta a finales del siglo xix y que obedece a la conjunción de numerosos factores globales y locales. Para De la Torre, “analizar el nacionalismo deportivo solo desde la plataforma de México ’68 o de los campeonatos mundiales de fútbol en 1970 y 1986 sesga el proceso de construcción discursiva” (p. 359) de un fenómeno que fue mucho más complejo y polifónico.

En décadas recientes, las investigaciones dedicadas a pensar la historia de los deportes y la cultura física han conseguido hacerse de un lugar en el ámbito académico; si bien los textos dedicados a este tema no son cuantiosos en nuestro país, comienzan a ser significativos. Esta historiografía parte de la premisa de que esta agenda de investigación (la consolidación de diferentes elementos vinculados al fenómeno deportivo y la cultura física) constituye un punto de partida legítimo para pensar distintos aspectos del pasado desde un eje que muestra nuevos matices de los procesos sociales, políticos, económicos, culturales e institucionales.<sup>1</sup> De igual manera, esta historiografía ha pugnado por plantear este tipo de historias lejos del protagonismo de los Estados nación, los Juegos Olímpicos y el fútbol, para apostar por análisis que expongan cómo la difusión de los deportes y la consolidación de la educación física constituyen procesos complejos que no se explican únicamente como fenómenos que irradian desde un centro hacia una periferia (pp. 28-32).

El libro de De la Torre se suma a los textos históricos consagrados a pensar estos temas desde nuevas ópticas. *Cruzadas olímpicas en la Ciudad de México* tiene por objetivo examinar cómo ocurrió la apropiación y la consolidación de la cultura física moderna en la Ciudad de México, desde finales del siglo xix y hasta la década de 1930, a partir de las organizaciones, las instituciones y los personajes que la propagaron y promovieron con fines diversos y no siempre colindantes. La Ciudad de México es el espacio privi-

<sup>1</sup> Por mencionar solo dos libros: María José Garrido Asperó, *Para sanar, fortalecer y embellecer los cuerpos. Historia de la gimnasia en la ciudad de México, 1824-1876*, México, Instituto Mora, 2016; y Ariel Rodríguez Kuri, *Museo del Universo. Los juegos olímpicos y el movimiento estudiantil de 1968*, México, El Colegio de México, 2019.

legiado por esta investigación para pensar el desarrollo de la cultura física. Si bien no es posible extrapolar a otros sitios ni interpretar como una norma lo que pasó en esta localidad, sí se puede afirmar que desde la capital se marcó la ruta que seguirían la promoción y consolidación de la cultura física en todo el país.

Fruto de una minuciosa investigación —cuya base documental son notas de prensa, boletines, publicaciones periódicas, revistas, decretos institucionales, entre otros vestigios—, el libro parte de la premisa de que la cultura física comenzó a ser utilizada con fines nacionalistas desde principios del siglo xx; más adelante, en la década de 1930, alcanzó notoriedad al volverse una plataforma para exhibir la potencia de cada nación, cifrada en la performatividad del desempeño corporal. Sin embargo, el desarrollo de la cultura física moderna fue —sostiene la autora— un proceso paralelo al de la consolidación del Estado nación. Los cuerpos en movimiento no solo sirvieron al naciente Estado mexicano del Porfiriato y la posrevolución para promover nociones sobre el propio Estado, la raza o el papel de México frente al resto de las naciones; otros actores también buscaron promover y beneficiarse del desarrollo de la cultura física con distintos fines: desde educativos o higienistas hasta religiosos. Esos otros agentes sociales —como la prensa, los deportistas, la Asociación Cristiana de Jóvenes y la Compañía de Jesús— fueron igualmente importantes para afianzar la cultura física.

El libro hila su argumentación en tres partes temático-temporales. La primera, cuya periodicidad va de 1896 a 1914, analiza la difusión de la cultura física moderna en la Ciudad de México y cómo va integrándose a los programas escolares, las noticias y las diversiones públicas. La segunda parte, que comprende el periodo de 1902 a 1930, tematiza el conflicto que afloró entre dos organizaciones que destacarán por ser importantes promotoras de la cultura física en la capital del país: la YMCA y la Compañía de Jesús. La tercera, que va de 1917 a 1939, examina la institucionalización de la cultura física en México a partir de la creación del COM en 1923 y la expresión de diferentes manifestaciones que sintetizarán las premisas del nacionalismo revolucionario desde los “cuerpos en movimiento”.

Entre los múltiples aspectos que podría destacar, me parecen relevantes dos conceptos que aparecen a lo largo de la investigación y que sirven para desarrollar sus argumentos centrales, a saber: el *olimpismo* y la *cultura física*.

El término “olimpismo” se usa en este libro como una manera de observar la expansión de las actividades físicas en distintos ámbitos de la cotidianidad nacional, lo que se justifica porque en este periodo se estrechó la relación entre los deportes y los ideales olímpicos griegos, y ese fue el contexto en el que se organizaron los primeros Juegos Olímpicos (1896). A partir de esta noción, la autora describe la versatilidad de los proyectos olímpicos tanto internacionales como nacionales, a los que identifica como múltiples. A la vez analiza cómo estos proyectos se van descartando e integrando hasta decantarse en uno hegemónico, que se consolidará en América Latina entre 1917 y 1920.

Pese a la relevancia que pueda tener el olimpismo, la propuesta fundamental de esta investigación lo retoma como una perspectiva para comprender la pugna entre diferentes ideas de “cultura física”. En otras palabras, la noción de “cultura física” sirve como nodo argumental del libro, pues muestra la tensión latente entre los distintos “olimpismos”, por un lado, y entre las diversas maneras de pensar la “cultura física”, por el otro. De la mano de esta noción se aprecia que la idea de “cultura física” fue la arena de contiendas internas y conflictos transnacionales que pasaban por lo social, lo político y lo religioso. Asimismo, a través de este concepto nos aproximamos a los significados e ideales en disputa que significaron los “cuerpos en movimiento” en la primera mitad del siglo xx. Los valores ligados a esta idea se adaptaron a las circunstancias de cada país, su uso tuvo un carácter abierto y se definió en función de distintas tradiciones históricas locales, regionales y nacionales.

Para terminar, me interesa ahondar en una pregunta que resulta central para valorar toda la propuesta de este libro: ¿por qué pensar a partir del concepto de “cultura física”? La autora argumenta que este término comenzó a utilizarse a finales del siglo xix para dar cuenta de las actividades vinculadas al bienestar físico y el ejercicio corporal, que iban ganando terreno en Europa y Estados Unidos. Esta noción englobó una diversidad de prácticas y, en un primer momento, fue utilizada en oposición a la idea de los deportes competitivos, presente en el mundo anglosajón. A inicios del siglo xx, la noción se tornó ambivalente: hubo países y actores que siguieron usándola para marcar la distinción entre educación física y deportes, y otros la emplearon sin ningún afán de distinción. Sea cual sea el matiz que se le

diera a la palabra, lo anterior permite advertir que desde un inicio la “cultura física” tuvo intenciones y significados disputados, y que estos no se resolvieron fácilmente, ni siquiera entre los agentes que compartieron su uso.

En el caso de México, “cultura física” fue un término empleado para nombrar las nuevas actividades que se hacían con el cuerpo y favorecían su buen desarrollo. Su uso, indica esta historiadora, “continuó vigente hasta bien entrado el siglo xx y englobó a las más diversas prácticas modernas del cuerpo en movimiento” (p. 20). Como noción, condensó múltiples proyectos e ideales que, enfrentados o paralelos, constituyeron una de las más importantes condiciones de posibilidad para el surgimiento del olimpismo en la Ciudad de México. El libro, además, nos muestra cómo la idea de cultura física está atravesada por tres ejes semánticos: juventud, religión y política. Desde estos campos se disputaron los significados que se encarnaron en proyectos higiénicos o educativos, que pugnaron por imponer una idea de educación física entre y para la juventud; proyectos vinculados a los cristianismos musculares —en su acepción protestante (representada por la YMCA) y católica (representada por los colegios jesuitas)—, que disputaron una idea de cultura física desde y para la religión; y proyectos gubernamentales —como herramienta diplomática, nacionalista o corporativizada—, que buscaron imponer un significado a los “cuerpos en movimiento” desde la política. El movimiento del cuerpo nunca fue tan disputado como a inicios del siglo xx. ❧

